

EN LA CIUDAD DE HEREDIA, (antigua Villa de la Inmaculada Concepción de Cubujuquí) en hogar modesto-casa de adobes, techo de tejas- nació, en el último año del pasado siglo, diez de junio, fecha muy cercana al alegre veranillo de San Juan.

Por las calles de la ciudad volando sin reposo, siempre en dirección al este, pasaba, durante horas, en las mañanas, un verdadero río de mariposas verdinegras, afelpadas, de una sola especie, llamada colipatos.

Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos, fueron todos heredianos, con excepción de mi abuelita paterna, Joaquina Rojas, que nació en El Salvador y que siendo una niña de unos dos años, la trajeron a Costa Rica, junto con su abuela que era una indita pipil llamada Candalaria, familiarmente la nombrábamos Candaria.

En Costa Rica vivió mi abuela desde entonces hasta su muerte. Yo no la conocí; mis tías me contaban que ¡buena india! era muy industriosa; desde Heredia iba a San José, a pie y trotando cargada con los varios productos de su industria casera que iba a vender al mercado.

Mi abuelo paterno, no lo conocí. Mi madre estaba de meses cuando él murió. Se llamaba Evaristo Elizondo. Era hombre "acomodado": dueño de breñas, de potreros y cafetales; de bueyes, de carretas y de caballos. Hizo para casarse la casa en que nació mi madre y en la que también yo nací. Amasó el barro con pisadas de bueyes; el barro para cortar los pesados y eternos adobes de las paredes de la casa que todavía duran más de cien años de servicio y a pesar de los temblores.

El abuelo que yo más admiré -y que conocí fue el abuelo paterno, don Matías Sáenz Arias. Militar, con grado de General, Comandante de Plaza de Heredia en repetidas ocasiones; soldado de la guerra del cincuenta y seis. Muy joven guerreo en la famosa batalla del once de abril en Rivas. Este hecho de armas de mi antepasado me llenaba de orgullo.

Mucho quería yo a mi abuela materna, doña Tremedal Arguedas Martínez, en cuya casa- la de adobes construida por don Evaristo- nací, como dije antes y viví junto con mis padres y mis hermanos durante toda mi infancia y buena parte de mi juventud.

En otra oportunidad podría describirles esa casa, en cuyo solar quedó enterrado mi ombligo (en un lugar seco para que no me dieran cólicos) y en cuyos cajones de puerta yo contaba cuentos, aprendidos unos, inventados otros, a la pandilla infantil del barrio del Carmen.

Tenía siete años cuando pasé la pena de perder a mi padre, Luis Sáenz; murió joven, a los treinta años de edad.

Yo era el hermano mayor de la familia -somos seis hermanos- y mi madre, Dolores Elizondo, supo inculcarme desde entonces, con más fervoroso sentido, el sentimiento de protección para mis hermanos menores.

Ni en veinte páginas más podría contar las mil bromas, travesuras, juegos, pleitos, comparadas penas y gozos, de mis relaciones fraternales en la casa familiar.

Toda mi infancia la viví en mi ciudad natal. En 1919, me gradué de maestro normal y por primera vez en mi vida salí a residir fuera de ella en la ciudad de Esparta (hoy Esparza) donde fui el Director de escuela con grado a cargo.

RECUERDOS DE INFANCIA

¡Son tantos! ¿Cuáles sacar ahora de esta jaula de la memoria? Bueno, al azar, los que se vayan presentando, sin escogencia, ni determinada intención.

Noche buena. Los "portales": "lana", figuritas, encerados, aserrín, olor a piña, a cohombro maduro. El Angel de Gloria... Las tres divinas personas y la chicha.

En la visita a los portales los visitantes esperaban siempre que los de la casa del portal les obsequiaran chicha de maíz. Cuando no se veía traza de que lo fueran a hacer, alguno de los visitantes decía en voz alta, como si leyera las pa-

El 10 de junio se conmemora el centenario del nacimiento del escritor costarricense Carlos Luis Sáenz Elizondo, autor de textos como "Mulita mayor", "Mi pequeño mundo" y "El abuelo cuentacuentos". A continuación ofrecemos un extracto de la autobiografía inédita que se localizó en la biblioteca del autor.

Un breve relato autobiográfico

Conmemoración del centenario (1899-1999)

El 9 de junio en el Auditorio Nacional del Museo de los Niños se inaugurará la exposición "Recuerdos de don Carlos Luis" con los documentos y escritos, la mayoría inéditos, de Carlos Luis Sáenz.

La actividad se inicia a las 10 a.m. y participarán el titiritero Fernando Thiel, con su espectáculo para niños Doña Culpamora y El Gato Tiempo; la soprano Zamira Barquero y Gerardo Duarte al piano con un repertorio que incluye Campanita, Campanas de San Juan, Canción, Cunera y Solo para cantar. Los niños del Saint Anthony School realizarán una ronda.

La Editorial Costa Rica entregará una nueva edición de la obra "Mulita Mayor".

labras encumbradas que exhibía el Angel de Gloria:

"Gloria in excelsis Deo... ¿Dónde está la chicha que no la veo?"

Delante del portal que año con año "ponía" la abuela, bailábamos vestidos de pastores -en parejas de hombres y mujeres- y cantábamos coplas al Niño Dios, coplas populares tradicionales como:

*"Aquí te traigo, señora,
un poco de miel en iarro,
para que le des al Niño
cuando le coja catarro".*

Pues verán, en una de esas ocasiones -¡iniciación indudable de poeta cuarterero!- yo le canté, improvisando, al Niño así:

*"Aquí te traigo, señora,
este trapo colorao,
para que usted seque al Niño
cuando amanezca orinao".*

¿Qué les parece? Salí con un verdadero domingo siete. Y mi abuela que regañaba, diciendo: "¡Muchachito más irreverente, no se ha visto! ¡Ave María!"

Y siguen los recuerdos.

Los circos: ¡el elefante!, ¡el tigre!, ¡los leones en la jaula!, ¡los caballos amaestrados!, ¡los payasos!, ¡los misteres, empresarios del circo! O los "húngaros", gitanos que por unos pocos días paraban en la ciudad. ¡Las gitanas! Leían las rayas de las manos; los gitanos remendaban ollas y peroles; trataban en calles, bailaban ridículos monos y pesados osos peludos. Les tenían miedo a los "húngaros". Decían que robaban chiquitos. ¡Que robaban, era cierto!

Mi ciudad -la de entonces- era silenciosa y tranquila. Por sus empedradas calles sólo pasa-

ban carretas, caballos y perros. Se podía jugar en media calle, cantar San Selerín, o vamos a la huerta del torotoronjil, o pase, pase buena gente, o San Miguel, dame tus almas, sin interrupción ni peligro. A menos que nos asustara un inesperado pleito de perros o la aparición de María Luna, la loca, tocando pito y brincoteando en la acera.

Por el cielo "límpido, azul" de la ciudad solo volaban nubes y zopilotes. ¡Vieran que impresión extraña me causó ver volando por primera vez un aeroplano dueño del cielo! Porque máquinas de volar por el cielo, solo conocíamos nuestros livianos papalotes y los globos de papel de colores que don Emilio Morales elevaba allá para las fiestas cívicas o para la celebración del 15 de setiembre.

Aprendí las primeras letras, es decir el a,b,c, la escritura, los números y la doctrina sagrada, en una escuela particular que dirigía y en la que era única maestra de todo, mi tía paterna: la niña Manuelita Sáenz. Como yo sabía leer -por lo menos en el silabario- y escribir y algo de suma y resta, ingresé a la escuela primaria al segundo grado. En ella cursé hasta el quinto grado que por entonces era el último de ese nivel de escolaridad.

Terminada la primaria entré al liceo de Heredia que dirigía el eminente educador don Carlos Gagini.

Del liceo pasé a la Escuela Normal y en ella cursé el programa de tres años de estudios profesionales.

Fui maestro de primaria en escuelas rurales (en Esparza, en La Caja). Fui Director de la Escuela Porfirio Brenes, en la Capital; profesor en el Colegio Superior de Señoritas, en la escuela Normal (de la cual ocasionalmente fui director). Serví en colegios nocturnos; Colegio Sarmiento, el Omar Dengo. Ocupé cargos en un departamento del ministerio de educación. Los últimos diez años de mi carrera profesional los ser-

vi en la Universidad de Costa Rica.

Ahora estoy pensionado y dedico mi tiempo a escribir y a leer y a las cosas de la casa, entre ellas a "pastorear" a mis nietos.

Fuera del país he servido en educación en Panamá (Veraguas) y en México (Sinaloa).

Desde niño sentí vocación por la creación literaria: decir versos, cantarlos, bailarlos, ¡qué placer!

Yo ni sabía que era literatura, pero los libros de cuentos y de versos me gustaban mucho más que el Catecismo y las tablas de multiplicar. En la escuela primaria tuve maestras que estimularon esa vocación. En la secundaria, cultivaron mi gusto por las bellas letras profesores muy cultos como don Luis Dobles Segreda, don Joaquín García Monge, don Roberto Brenes Mesén, don Omar Dengo, don José Dávila (con quien aprendí el francés).

En la Escuela Normal pertenezco a un centro vocacional libre: el Centro Ariel que servía para juntar a los alumnos interesados en la literatura; en él leíamos y criticábamos los trabajos originales de los socios. Junto con Salvador Umaña y Rigoberto Berrocal (los dos ya idos) publicamos siendo estudiantes de la Normal una revista literaria en que dábamos a conocer nuestros primeros pasos de Escritores. ¡Vieran qué versos más románticos los nuestros! Casi todos dedicados a las "novias".

Además de mi actividad como educador y escritor, ocasionalmente y por deber cívico, he participado en ocasiones en la política nacional.

Primero, en el Partido Republicano (el de don Máximo Fernández, don Ricardo Jiménez y don Alfredo González Flores), luego en Vanguardia Popular, por considerar que el partido de los trabajadores tiene un gran papel que desempeñar tanto en la vida nacional como en la internacional de nuestro tiempo.

CARLOS LUIS SAENZ ELIZONDO

Carlos Luis Sáenz, México 1962